

La puerta se abrió y no dejó responder á la joven, quien vencida por el amoroso ruego de su primo, le miraba á su vez con ternura; un criado alzó la cortina de seda de la puerta y anunció:

—La señora Condesa de las Navas.

Al oír este nombre, una súbita palidez cubrió el hermoso semblante de María. La que llegaba allí era Celia, la bella, la coqueta Celia, que le había robado durante tanto tiempo el corazón de Alberto; aquella Celia á quien habían visitado una sola vez las dos hermanas en compañía de su madre, porque era prima de Sebastián.

María, con aquella viveza de imaginación que tal contraste ofrecía con lo apacible de su carácter, se preguntaba á qué vendría allí aquella mujer, á la que temía y odiaba instintivamente tanto como lo permitía su índole angelical.

Aún pensaba así cuando la joven Condesa entró con ligero paso en la sala, donde se hallaban reunidos los dos primos y Alvareda.

María se levantó, pero no pudo salirle al encuentro, y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer, mientras que Alberto miraba á la Condesa con irritados ojos.

IV

CELIA

La Condesa vestía de luto por la muerte de Sebastián, del mismo modo que Alvareda, su hijo y su sobrina.

Pero su traje no era el que convenía á un luto tan reciente ni á un dolor del corazón; llevaba un rico vestido de seda guarnecido de volantes, una capa de terciopelo y un sombrero de lo mismo, con un velo de encajes que la hacía parecer hermosa sin serlo.

Porque Celia era sólo bonita; su gracia consistía en que contaba cerca de diez y nueve años y no aparentaba más que diez y seis, por lo esbelto y delicado de sus formas; en que su tez morena estaba iluminada por dos hermosos y rasgados ojos negros; en que su boca, un poco grande, parecía formada de coral y perlas; en que su frente, si bien no muy ancha, era muy bonita, y en que su nariz, lejos de ostentar una helada y muda perfección, era levantada ligeramente, graciosa y espiritual.

Por los demás, su talle, sus pies, todo era de una rara y exquisita elegancia; tenía el aire de niña, las gracias de la adolescencia, las coqueterías refinadas de una cortesana de buen tono y la elevada posición de una aristocrática dama; todo

esto, unido á un talento vivaz y penetrante, á una sagacidad maravillosa, á una osadía sin ejemplo y á una impasibilidad admirable, la hacía una sirena peligrosa hasta el extremo.

Cuando andaba parecía no tocar al suelo con sus pequeños pies; y al verla entrar en el saloncito que ocupaba María con su tío y su primo, se la hubiera podido equivocar con una alada aparición.

Alvareda, que sólo la conocía de vista, se quedó extático contemplándola, á pesar de los disgustos que le habían ocasionado los amores de su hijo con aquella mujer; pero el calavera veterano y ya jubilado era excelente conocedor, y á primera vista comprendió lo que valía aquella niña, alegre, coqueta y llena de gracias; aquel espíritu con tan poca materia; aquel alma, que transpiraba llena de fuego y de caricias en sus ojos, en su paso y en su sonrisa.

Celia, por su parte, saludó afectuosamente con la cabeza á Alvareda, y con una sonrisa de inteligencia á su hijo; nadie, al ver aquellos saludos llenos de afecto y de cordialidad, hubiera creído que la misma que los hacía había dirigido pocos meses antes una carta llena de insolencia al padre y había cerrado las puertas de su casa al hijo.

La pobre María, que era toda candor y honradez, creyó, al ver la señal de afectuosa inteligencia que la Condesa dirigió á Alberto, que sus re-

laciones no se habían interrumpido un solo día y que seguían más afectuosas que antes.

En cuanto á Celia, se acercó á ella, le tomó las manos y le besó en las dos mejillas, con ese cariño estrepitoso y pueril que las jóvenes usan entre sí, y que regularmente oculta tantas perfidias.

—Amiga mía—le dijo,—ayer he vuelto de París, y me han dicho que su papá de usted ha ido á consolar á Elvira de la muerte de nuestro pobre Sebastián, y que usted había quedado sola en su casa; por lo mismo he creído de mi deber venir á verla y ofrecerle la mía, por si se digna habitarla conmigo; estoy sola también, porque mi marido, aquejado de una dolencia al pecho, ha marchado á Niza para todo el invierno.

En tanto que Celia hablaba así, sus brillantes ojos negros no se separaban del hermoso y severo rostro de Alberto. María lo observó, y casi sintió rubor de tener que responder cortésmente á aquellas palabras, que sólo eran un disfraz para encubrir una impúdica coquetería. No obstante, obligada á decir algo, respondió á Celia.

—Doy á usted mil gracias, Condesa, por su buen deseo; pero no estoy sola: mi querido tío ha venido á acompañarme hasta que vuelvan mi padre y Elvira, á los que esperamos en breve.

—¡Ah, ya!—respondió Celia con una adorable sonrisa, y fijando en Alvareda sus ojos entornados con una expresión de malicia provocativa y descocada;—¿vive con usted el señor de Alva-

reda? ¡Ay, pobre amiga mía, la compadezco á usted!

—¿Por qué, señora?—preguntó Isidoro, cuyo corazón de fuego se derretía bajo la mirada de Celia.

—¿Cómo por qué? Caballero, usted ya no recuerda lo severo que ha sido conmigo—respondió Celia;—¡no parecía sino que Alberto quería casarse con una cualquiera cuando me quiso á mí! ¡Si es usted tan severo con su sobrina, de seguro que no la verá ni el sol!

—Eso es una equivocación—respondió Isidoro con una sonrisa dolorosa y como ruborizado;—ya ve usted cómo el sol le está dando ahora mismo en los pies.

La ironía desvergonzada é hiriente se ve á veces confundida con la expresión más sencilla y más pueril, y esto le sucedió á Celia; mordióse los labios, y permaneció algunos instantes en silencio; luego prosiguió:

—¡Si al menos, querida María, su primo de usted pudiera vivir aquí! Esto le haría más llevadera la ausencia de su padre; pero ya sé que tiene que estar en casa para acompañar á su amigo, y mío, Gaspar Juncosa.

—¿Es amigo de usted también el amigo de Alberto?—preguntó María con un acento ligeramente irónico.

—Sí, querida María; le conocí en París, y por cierto que me gusta mucho. Usted no puede tener

una idea de lo que es un hombre como Gaspar... Ya se ve, educada por un aya medio monja, y que según he sabido después se metió monja del todo, no conoce el mundo como yo. ¡Pobre María! Deseo que usted se case para ver si vuela un poco.

—Pronto, pues, verá usted realizado su deseo, Condesa—dijo Alberto herido con el manejo de Celia, que separaba de él los ojos con hastío cuando la miraba, y que le clavaba una mirada centelleante cuando miraba á otra parte.

—¿De veras?—preguntó la Condesa;—¿tiene ya novio María? ¿Y es acaso su primo Alberto?

—Sí, señora.

—Lo había oído decir, y le doy por ello mí enhorabuena. ¡Según me han contado, jamás ha tenido relaciones con nadie!

—Pues han engañado á usted, Condesa—repuso Alvareda;—mi sobrina ha tenido partidos excelentes, que ha desechado.

—¿Y por qué así, querida mía?—preguntó Celia volviéndose hacia María;—¿á causa sin duda de algún otro amor?

—No puedo decir á usted el motivo, señora—repuso modestamente María;—creo, sin embargo, que ha sido á causa de tener poca vocación al matrimonio.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¡Si esa vocación, querida mía, la tenemos todas! ¿Qué desea una mujer desde que sabe pensar? ¡Un marido! ¡Si se casa

una con la persona á quien ama, tanto mejor; si no... paciencia!

Es imposible describir el modo con que dijo este *paciencia* la Condesa, y la mirada que al pronunciarlo dirigió á Alberto; éste, que estaba prevenido, no supo soportarla, y bajó los ojos ruborizado. Celia continuó:

—Si una se casa por razones de familia ó de consideración social, sufre mucho... Pero ¿qué remedio? El bien más estimable se pierde generalmente, porque si fuéramos dichosos, no se llamaría esto valle de lágrimas.

Nadie respondió á Celia. María, comprendiendo por instinto que aquella mujer llevaba allí la sola mira de atentar á su dicha, estaba dolorida y palpitante; su tío y su primo miraban á Celia con una especie de fascinación.

Ésta había cruzado sus pies, que salían por debajo de su elegante falda de seda, y los mecía con indolencia; la expresión de su semblante, cándida y viva al mismo tiempo, contrastaba con sus palabras, ora impregnadas de sentimiento, ora llenas de una audaz y desvergonzada coquetería; la atracción fatal que durante tanto tiempo había dominado á Alberto, volvía á posesionarse de él, y lo que era más raro, se apoderaba también de su padre.

Celia comprendió la situación de aquellos dos hombres, y se decidió á añadir leña al fuego.

Señor de Alvareda—dijo,—esta noche estaré

en mi casa, como estoy todos los miércoles; si usted es tan bueno que se resuelve á dejar el casino y á sus amigos para acompañar mi forzosa viudez, se lo estimaré mucho; hago esta advertencia á muy pocas personas, y por lo mismo puedo asegurarle que estaremos casi solos.

—Gracias, Condesa—respondió Isidoro con una voz, no ya iracunda ó severa, sino sumisa y poco segura;—agradezco á usted la distinción, y le prometo que iré.

—No hago igual invitación á Alberto—prosiguió la Condesa,—porque sé que se halla en vísperas de contraer matrimonio con mi querida María, ó al menos, según dije antes, me lo han contado, y es de suponer que desee estar á su lado. ¿Digo bien? ¿No es cierto este casamiento, querido Alberto?

El joven no respondió; aquella mujer brillante, atrevida, ingenua, juguetona, había vuelto á dominarle; avergonzábale casi el confesar su próximo enlace con la sencilla y modesta María; hallaba alguna cosa de vulgar y de mal tono en inclinar su cuello á la coyunda matrimonial á su edad y con sus esperanzas. Pero si una cordedad insuperable le dominó á él, otro sentimiento muy distinto se posesionó del ánimo de Alvareda y del de María, é hizo brillar los ojos de entrambos.

El padre de Alberto, el viudo de Luisa, el calavera de cincuenta y cuatro años, se sentía domi-

nado, fascinado por aquella mariposa con alas de gasa que había ido á revolotear á su vista.

Una pena profunda se deslizó en su corazón al pensar en que aquel hada peligrosa había ido allí por su hijo, y al oír preguntarle si era verdad su próximo enlace, brillaron sus ojos de alegría.

Los de la joven prometida lanzaron también un rayo de gozo; pero ¡ay! la alegría culpable y el gozo legítimo se desvanecieron en un instante.

Alberto, según queda dicho, no respondió; abatido, confuso, avergonzado, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Celia, que realmente no tenía mal corazón, contempló con pena el nuevo aspecto que la escena presentaba; amaba aún á Alberto con toda su alma, pero le dolía el golpe que su silencio daba á la pobre María.

—Veo—dijo con voz mal segura—que me han engañado al asegurarme que estaba próximo á hacerse este casamiento, ¿no es verdad, María?

—No, señora—respondió la joven;—le han dicho á usted la verdad.

—Y... ¿cuándo se verifica?—preguntó Celia, á cuyos labios volvió á asomar una risita burlona.

—Dentro de ocho días—respondió María, en cuyos grandes y hermosos ojos azules brillaba una resolución suprema.

—¡Cómo!—exclamó Celia,—¡tan pronto! ¡Yo creía, querida mía, que esperaba usted á que llegasen su padre y su hermana!

—Su vuelta se retarda, y no esperaremos más.

—Y esto es tanto más natural, cuanto que Andrés y Elvira desean vivamente esta boda—añadió Alvareda.

—¿Pero y las amonestaciones?—insistió Celia, que se refugiaba en las últimas trincheras como un enemigo vencido y derrotado.

—Todo estará corriente en los ocho días—respondió Alvareda;—se leerán las tres el domingo, y el lunes se casarán.

—En ese caso, voy á preparar mi regalo para la novia—dijo Celia levantándose con una sonrisa amarga.

—Gracias, Condesa gracias—repuso María, cuyas mejillas estaban encarnadas por efecto de la excitación nerviosa que le dominaba; y añadió con una sonrisa dolorosa:—tengo bastante con el convencimiento de que es usted dichosa con mi felicidad.

La Condesa no respondió; presentó sus manos á María, con esa fórmula de sociedad afectuosa en la apariencia y que tantos rencores oculta, y estrechó en silencio la de la señorita de Miranda, que permaneció inerte y fría entre las de Celia.

Ésta pasó por delante de Alberto sin mirarle; y luego, como el griego de la fábula que al huir herido de muerte arrojó al enemigo la última de sus flechas, se volvió al viejo calavera con la sonrisa más seductora, y le dijo:

—Señor de Alvareda, ¿tiene usted la bondad

de acompañarme hasta mi casa? Abajo está mi coche.

—¡Oh, señora!—respondió Alvareda transportado al séptimo cielo y ofreciéndole el brazo con rendida galantería.

Los dos desaparecieron. María se levantó, salió tras ellos, entró en su cuarto, cubrió su rubia cabeza con una mantilla, y dijo á su doncella:

—Pepa, acompáñame.

La antigua defensora de María se levantó sin responder nada y se puso también su mantilla, siguiendo á su joven ama, que tomó el camino del convento de religiosas del Santísimo Sacramento.

V

LA REVELACIÓN

La señorita de Miranda preguntó por Sor Raimunda, y fué introducida al instante en un locutorio con la buena Pepa, que había adquirido con los años una monstruosa obesidad.

Pronto bajó la religiosa, y María levantó el velo de su mantilla, mostrando en su semblante las huellas recientes de algunas lágrimas.

Mundeta levantó también el suyo, y Pepa fué á sentarse prudentemente en un rincón de la estancia.

La religiosa estaba más pálida y más demacra-

da que cuando vivía en el mundo; pero á medida que la carne iba desapareciendo, el alma se mostraba más bella, más radiosa, más celestial.

Sus grandes ojos negros habían adquirido una inflexión hacia el cielo, como si mirase más allá de las cosas de este mundo; en sus labios vagaba una sonrisa triste y elocuente como la de todas aquellas personas que han padecido mucho; en aquella elevada frente, serena y apacible como el mar en una tarde de calma, estaba escrito el martirio del corazón.

Pepa, cansada del corto trayecto hasta el convento, se durmió apaciblemente en el viejo sillón que ocupaba, y la antigua aya quedó á solas con su educanda.

—¿Qué sucede, querida María?—le preguntó con la dulce voz que era el eco de su alma.—¿Has llorado?; ¿tienes penas?

—Sí, Mundeta—respondió María, que no había dejado de llamar á la religiosa con la graciosa abreviatura de su juventud;—tengo una pena horrible..., y no estando aquí mi padre, vengo á llorar contigo.

—¡Penas tú, querida niña?—exclamó la religiosa con una triste sonrisa.—Sólo te es dado contar una... ¡La de haber perdido á tu madre!

—¡He perdido también el amor de Alberto!—respondió María, que rompió á llorar desconsoladamente.—Sí, en vano he creído, y tú me has hecho creer, que me amaría al fin... Si se casa

conmigo es por lástima hacia mí..., porque conoce cuanto le he querido toda mi vida...; ó quizá para consolarse de la ingratitud de esa mujer, que ahora le ha envuelto de nuevo en sus redes.

—¡Cómo!—exclamó Mundeta;—¿pues no se casó la Condesa?

—Sí; pero su marido está ausente, y ella, con pretexto de visitarme, ha venido hoy á casa, donde ha visto á Alberto.

—Pues si no hay nada más que eso, no debes alarmarte.

—¡Oh, sí!—respondió María;—¡hay más, mucho más!

—Veamos—dijo Mundeta con otra sonrisa entre dulce y triste.

—Pues bien—añadió María, por cuyas rosadas mejillas no dejaban de correr gruesas lágrimas:—ella preguntó que si era verdad que nos casábamos; y él, que poco antes había estado rogándome que fijase el día de nuestra unión; él, que tan apasionado parecía, se avergonzó y no pudo responder una palabra.

—Lo creo—repuso la religiosa con tranquilidad.

—¡Cómo que lo crees!—exclamó María.—¿No te indigna eso, ó es que ya está frío tu corazón? ¿Ya no conoces las conveniencias sociales? ¿Sabes, Mundeta, que la vacilación de Alberto es para mí una injuria mortal? ¡Oh, ahora siento con toda el alma lo que he hecho!

—¿Y qué ha sido?—preguntó la religiosa.

—Que para vengarme de la Condesa; para darla celos, porque veo que está muy enamorada de él; para evitar que Alberto se me escapase después de haber consagrado á su amor toda mi vida, la he dicho que nos casábamos dentro de ocho días. ¡Oh, qué humillación!—exclamó María, con las mejillas bañadas de lágrimas y teñidas de rubor.—¿No hubiera sido más digno dejarle entregado á esos infames lazos?

—¡No!—respondió Mundeta;—es más digno lo que has hecho, hija mía. Alberto te ama á ti; esa mujer le seduce, le fascina, nada más, y uniéndole á ti, recobras un bien tuyo que querían arrebatarte.

—¿Pero no se arrepentirá ahora acaso de su deseo de casarse conmigo?

—No—repuso la religiosa;—no hay hombre alguno que se arrepienta de haberse casado con una mujer bella, virtuosa y de claro talento; los que aman más la disipación, los más débiles para los tiros de las coquetas, son los que más aprecian en su esposa la rectitud y la nobleza del corazón. María, el matrimonio es el lazo santo que une las almas, es la sola posición que conviene á la mujer; y entre tantos hombres como hay frívolos, duros y egoístas, debes dar gracias á Dios por haberte designado por compañero á Alberto.

María nada respondió; aquellas palabras la ha-

lagaban, y le parecía que derramaban un bálsamo benéfico sobre su lastimado corazón.

La religiosa continuó de esta suerte:

—Decirte que después de casada has de ser completamente dichosa, sería darte una esperanza vana; la mujer jamás lo es. Hay en nosotras más ternura, más sensibilidad que en los hombres. Para nosotras es lo primero el amor; para el hombre es lo último. Antes que al amor se dedica á buscar posición, y se ocupa de la ambición, de las intrigas, de los negocios. No puede haber, pues, equilibrio alguno en el matrimonio, en cuanto al corazón; pero sí puede hacerse menor la desigualdad, poniendo en la balanza mucha prudencia, delicadeza y generosidad por parte de la mujer.

—Mundeta—dijo María cándidamente,—¿cómo sabes tanto no habiendo sido casada jamás?

—¡Ay, hija mía!—respondió la religiosa;—no sabes tú, ¡y ojalá no lo sepas nunca!, cuánto enseñan el martirio del corazón y el aislamiento de todo afecto en que yo vivo toda mi vida. Esto que te digo no me lo dicta la experiencia; ¡pluguiese á Dios fuera así! Me lo han enseñado el instinto del corazón, el dolor, las largas horas de amarga reflexión, que han enaltecido mi alma, me han disipado todas las ilusiones y han desterrado de mí todas las nieblas del egoísmo. ¡En mi vida he tenido una hora de felicidad; pero conozco todos los dolores de la tierra!

—¡Amiga mía! ¡Pobre amiga mía! ¿Conque has

sido tan desventurada?—exclamó María, en cuyo corazón vibraba la voz de la religiosa;—y esos pesares tuyos ¿han provenido del amor?

—¡Sí!—respondió Mundeta en voz baja y como temerosa de profanar aquellas bóvedas sagradas;—¡todos mis dolores han provenido del amor!

—¿Y por qué no me los has confiado?

—Eras dichosa, hija mía, y no quería yo empañar tu puro pensamiento con las nieblas de mi amargura; pero hoy que te veo sufrir, debo decirte que es sin motivo, y que no tienes el derecho de arrojar de ti la felicidad que Dios ha querido enviarte.

—Pero ¿quién te hizo desdichada?—preguntó María, olvidando su propia pena para pensar en las de su amiga;—¿se opuso tu familia á tu casamiento?

—Voy á decirte lo poco que puedo de mi doloroso secreto, hija mía—respondió Mundeta;—y después no me preguntes más, porque ya no podría responderte: el hombre á quien yo amaba no era libre..., me engañó; pero al descubrir su engaño le hallé tan desgraciado, que no tuve valor para reconvenirle, y sólo supe perdonarle; la suerte me había empujado á vivir junto á él..., y además de la suerte..., una persona..., ¡que ya no existe! ¡Dios la haya perdonado! ¡Aquella mujer..., porque era una mujer, María, conocía bien el corazón del hombre que me amaba, y conocía también la nobleza de su alma! Contaba con que me

respetaba demasiado para vivir á mi lado... Sabía que huiría..., y sucedió así... ¡Huyó!

—¡Dios mío!—exclamó María, quien durante el relato de la religiosa, se iba poniendo pálida y convulsa.—Y esa mujer que tan dura y arbitraria medida tomó...; esa mujer que así disponía de la suerte de los demás...; esa mujer que robó ese hombre al amor de su familia, á su patria... ¿Dónde está?... ¿Qué ha sido de ella?

—¡Murió! ¿No te lo he dicho?—repuso la religiosa, en cuyas miradas se veía una especie de extravío.—¡Desde aquel día vivió en un continuo remordimiento..., que la mató al fin!... ¡Dios la castigó, y á mí sólo me toca rogar por su alma!

—¡Y yo también rogaré, porque esa mujer era la madre de Alberto!—exclamó María con el semblante cubierto de lágrimas, y alargando á través de las rejas del locutorio sus dos manos á la religiosa.

Ésta retrocedió asustada de lo que había dicho.

María prosiguió:

—¿No sé yo que fué mi tía la que te trajo para ser aya nuestra? ¿No he oído yo á mi tío lamentarse de que el mal carácter de mi madre hiciera á mi padre desgraciado hasta el punto de ir á buscar fuera de su casa la paz y el cariño, y de que las consecuencias de aquel cariño costasen la vida á su mujer? ¡Oh, sí, es mi padre el que te amaba, mi pobre Mundeta, y por huir de su vista te encerraste aquí en la aurora de tu vida, pro-

nunciando votos que sólo la muerte puede romper! ¡Ah, si hubiéramos sabido que mi madre había de pasar tan pronto á mejor vida, tú te hubieras unido con lazos eternos al hombre á quien amabas!

—¡Dios no lo quiso!—respondió la religiosa, que no pensó siquiera en negar la evidencia que se presentaba ante los ojos de la joven.—Poco después de pronunciar yo los votos que me separaban de tu padre, murió su esposa. ¡Acatemos su soberana voluntad! ¡Quizá yo hubiera sido desgraciada, porque el amor que me tuvo se ha extinguido en su corazón!

—¿Y qué tiene eso de extraño?—exclamó María;—¿no eras tú ya para él un imposible?

—¡Él también lo era para mí—contestó Sor Raimunda con acento profundo y doloroso;—y sin embargo, su imagen, María, la imagen de tu padre no se aparta de mi corazón y de mi pensamiento! ¡Este amor, que ya cuenta doce años de vida, acaba la mía con un martirio indescriptible! ¡Yo no he amado, ni amaré á nadie más que á él!... ¡A él, mi primero, mi último, mi único amor sobre la tierra! ¡Todo lo que el cielo me había negado de brillantes dotes, de imaginación y de talento, me lo había concedido de corazón y de cariño, y ahora siento que el corazón se deshace y queda yerto! ¡Él... no; él ha dejado esta tierra para ir á la que su hija habita, sin tratar de despedirse de mí! ¡Así son los hombres, María; todos son así!... Y,

por eso te digo: ¡Bendice á Dios porque te ha depa-
parado un esposo como Alberto, y bendígole yo
también, porque haciéndole á él dichoso, sonreirá
el alma de aquella pobre mártir que está en el
cielo!

—¿Te crees tú acaso la causa de la muerte de
mi tía?—preguntó María asombrada.

—¿Y quién duda que lo soy, aunque inocente?
—respondió la religiosa.—Es verdad que la
excesiva severidad es cruel casi siempre; pero
á no haberme hallado tu padre en su camino,
¿hubiera ella padecido tanto?

—Mundeta—dijo María,—eres una santa; se-
guiré tus consejos y me casaré con mi primo,
aunque desconfío mucho del porvenir...

La señorita de Miranda fué interrumpida por
algunos golpes dados á la puerta. Pepa, interrup-
pida también en medio de su apacible sueño, se
levantó asustada y fué á abrir.

—¿Qué hay, Juan?—preguntó María al ver á
uno de los criados de su casa.

—Que ha llegado el señor—respondió el laca-
yo,—y me ha mandado que viniera á buscar á us-
ted, creyéndola aquí.

—¡Mi padre!—exclamó María levantándose
presurosa; y luego añadió:

—Y mi hermana, ¿ha llegado también?

—No, señorita—contestó el criado.

—¡Dios mío, qué es lo que sucede entonces?—
exclamó María trémula.—¡Mi padre aquí, sin El-

vira! Adiós, Mundeta—prosiguió;—pronto volve-
ré á verte.

Esto diciendo, desapareció seguida de sus dos
criados; la religiosa alzó al cielo sus ojos bañados
en triste llanto, y murmuró:

—¡Heme aquí, Señor, olvidada de todos, aban-
donada del mundo entero! Sola estoy contigo;
pero tú has dicho: «¡Los que lloran serán conso-
lados en el reino de mi padre!»

.....
María llegó corriendo á su casa; tal había sido
la velocidad de su carrera, que apenas podía res-
pirar; su padre la recibió en sus brazos, y ella le
preguntó ansiosa por Elvira.

—No ha querido salir de allí, por ahora—res-
pondió Miranda;—y yo, por mi parte, no he que-
rido que fueras al altar sin la compañía de tu pa-
dre. Ahora toma, lee y decide.

Al decir esto, le presentó una carta. María la
tomó con mano trémula, porque había conocido
en el sobre la letra de su primo; abrió la misiva,
encarnada como la grana, y leyó lo que sigue:

«María, ¿podrás perdonarme después de la es-
cena que acaba de tener lugar? ¡Á no ser tu padre
mi intercesor, no lo esperaría! ¡Esa fatal mujer
logró volverme á alucinar, y por un instante fui
débil, cobarde, cruel! ¡Pero éste es el amor vano y
fantástico de la cabeza, y mi corazón es tuyo desde
que sé darme cuenta de sus latidos!... María, con-
siente en ser mía dentro de ocho días, según me

has prometido en un raptó de cólera contra tu enemiga, y yo te haré tan dichosa, que jamás te arrepentirás de tu generosidad; redime mi loca juventud con tu santo cariño; consiente en formar ese dulce lazo, y verás cómo es eternamente tuyo el corazón de tu

ALBERTO.»

María dobló la carta sonriéndose; se apoyó en el brazo de su padre, y entró con él en su cuarto.

Después se acercó á su buró, y escribió en una hoja de papel:

«Te perdono, te amo, y nos casaremos dentro de ocho días.

MARÍA.»

—Dale esto, papá—dijo después á Miranda,— y dile que dé gracias al mediador que ha elegido.

Miranda abrazó á su hija, y salió para cumplir su comisión.

María alzó al cielo sus ojos, y murmuró:

—¡Ya soy dichosa, porque de todas las desgracias, de todos los dolores, de todas las pasiones borrascosas que han rodeado mi cuna y se han cernido desoladoras é invisibles sobre mi cabeza, he sacado la ciencia terrible de la vida!

VI

EL CASAMIENTO

Ocho días después, y á las seis de la tarde, María, ataviada ya con su traje nupcial, terminaba una carta para su hermana, cuyo último párrafo decía así:

«Voy á salir para la iglesia, Elvira mía, y mi corazón se oprime al ver que tú no estás entre las personas que han de acompañarme; ¿por qué no has querido venir? Esa melancolía que, según dice nuestro padre, te domina; esa exagerada aflicción á que á todas horas te entregas, minarán tu salud, tan delicada ya de sí; yo no cesaré de llamarte á mi lado y de decirte que vengas á presenciar mi dicha, porque yo espero ser dichosa. En vano me recuerdas el amor que Alberto, casi niño y niñas nosotras también, tuvo á Mundeta. Sor Raimunda, á quien he visto hace muy pocos días, me ha hablado de otro amor, que llenó toda su alma en otro tiempo, y cuyo recuerdo la martiriza todavía; pero nada me ha hablado de la infantil pasión de Alberto; yo lo esperaba, mas al ver que ese sentimiento no asomaba entre sus recuerdos tristes, guardé también silencio; en cuanto á Alberto, la nombra con tranquilidad. Hermana, en los hombres lo imposible asesina al amor; en nosotras lo aviva; así ha formado el Todopoderoso

el corazón de uno y otro sexo, y es nuestro deber tener paciencia.

»Adiós, hermana mía, mi casa es tuya, y Alberto te llama también; ven á alegrar con tu encantadora y brillante hermosura y con tu querida presencia la felicidad de tu amante hermana

MARÍA.»

La joven cerró esta carta, y luego fué á mirarse al espejo; jamás se había visto tan bella. Su traje era de una sencillez virginal; lo componía un vestido de seda blanco, guarnecido de blonda, con un ramo de azahar entre sus dorados rizos, y otro en el pecho; su collar, pendientes y brazaletes eran de oro y perlas, de gran trabajo y riqueza y regalo de su padre.

María estaba pálida y delgada; había padecido mucho desde la partida de su padre para Barcelona. La fe en el porvenir faltaba en aquel joven corazón, que apenas empezaba á vivir; en medio de su inocencia, había visto de cerca todo lo que tienen de terribles las pasiones, los estragos de la coquetería y lo mudable del corazón humano; pero no bien se hubo acercado al espejo, su hermosura y su juventud la convencieron de que tenía el derecho de ser dichosa, y una sonrisa de contento entreabrió sus bellos labios rosados.

Sacóla de sus reflexiones el rumor de la puer-

ta, que se abrió para dar paso á sus alegres amigas.

Eran siete jóvenes, de las cuales la mayor no pasaba de veinte años; María, gozosa, corrió á su encuentro, y las abrazó una por una.

—Venid—les dijo,—venid á ver los regalos, que están en mi gabinete.

Todas la siguieron á la pequeña sala que antes ocupaban las dos hermanas, pues á la sazón se hallaban en la que había ocupado Mundeta; allí, y extendido sobre una larga mesa cubierta con un tapiz de damasco azul, se veían todos los presentes ofrecidos á la joven desposada, cada uno de los cuales tenía encima una tarjeta con el nombre de la persona que se lo dedicaba.

—¡Qué lindo cofrecito!—dijo una de las jóvenes, señalando hacia un extremo de la mesa.

Todas siguieron la dirección de su dedo, y fijaron sus miradas en el objeto indicado.

Era, en efecto, un cofrecito de plata cincelada, con incrustaciones de oro, de un gusto exquisito; sobre la tapa, y en una chapa de porcelana azul, se leía en letras de oro:

La Condesa de las Navas, á su querida amiga María.

—¿Se puede abrir?—preguntaron las amigas de la novia.

—¿Por qué no?—respondió ésta al instante, con una sonrisa que tenía mucho de forzada y dolorosa.

Una de las jóvenes abrió la caja, y apareció en su fondo una cascada de diamantes; era un soberbio aderezo digno de una reina.

—¿Por qué no te has puesto hoy toda esta riqueza?—preguntó una de las jóvenes.

—La guardo para mejor ocasión—respondió María.

—¿Mejor ocasión que el día que te casas?

—Llamo mejor ocasión, porque podré lucirlo más.

—Vamos, hija mía, los carruajes nos esperan—dijo Miranda, que apareció en la puerta;—vamos, señoritas, que el novio, como es natural, se impacienta.

Dos de sus amigas colocaron sobre la frente de María el velo nupcial, con alguna envidia; la novia se apoyó en el brazo de su padre, y todos pasaron al salón.

.....
Media hora más tarde María y Alberto, arrodillados á los pies de un sacerdote, pronunciaban el sí solemne que unía para siempre sus destinos.

Alberto se levantó risueño, con la mirada franca y la sonrisa alegre; ya se había fijado para siempre su porvenir; el porvenir que le brindaba con la paz del hogar, y cerraba la puerta á las disipaciones y locuras de su juventud, que aún le ase-
diaban á cada paso.

María estaba también alegre; ya se hallaba unida á Alberto, único amor de toda su vida.

Al acabarse la ceremonia, Miranda y Alvareda se estrecharon la mano, y se cambió entre ambos una mirada de dicha y de seguridad para el porvenir.

La felicidad del padre de María era, sin embargo, más pura que la del padre de Alberto.

Éste amaba como un loco, como un niño, á Celia, la joven Condesa; aquél, aunque había sentido huir de su corazón el amor de Mundeta, no le había abierto á ningún otro, y le tenía ocupado sólo con sus recuerdos y con el cariño de sus hijas.

Andrés ya no amaba, es verdad; pero no había ocupado de nuevo su pensamiento con otra pasión indigna; su corazón era un sepulcro helado, sobre el cual flotaba la luz dorada y risueña del amor paternal.

FIN DE LA PARTE CUARTA

PARTE QUINTA

GASPAR

.....
Que el hombre, con sed ansiosa,
Busca alegría en su casa;
Que en ella su dicha basa
Y la dicha de su esposa.
Y que para ésta ha de ser
Más grato darle alegría,
Que no mirar que se hastía,
Que se harta de padecer.
Que al fin su razón se exalta,
Y para acallar su pena,
Corre á buscar en la ajena
Lo que en su casa le falta.

José Marco: *El sol de invierno.*

I

DOS SISTEMAS OPUESTOS

Dos años después, y en uno de los primeros días del mes de Marzo, María y Elvira se hallaban sentadas en una linda salita de labor de la casa de la primera.

Elvira, á pesar de los ruegos de su hermana, y sólo por espíritu de contradicción, se había obstinado en permanecer en Barcelona hasta entonces; pero hacía quince días que, fastidiada de re-